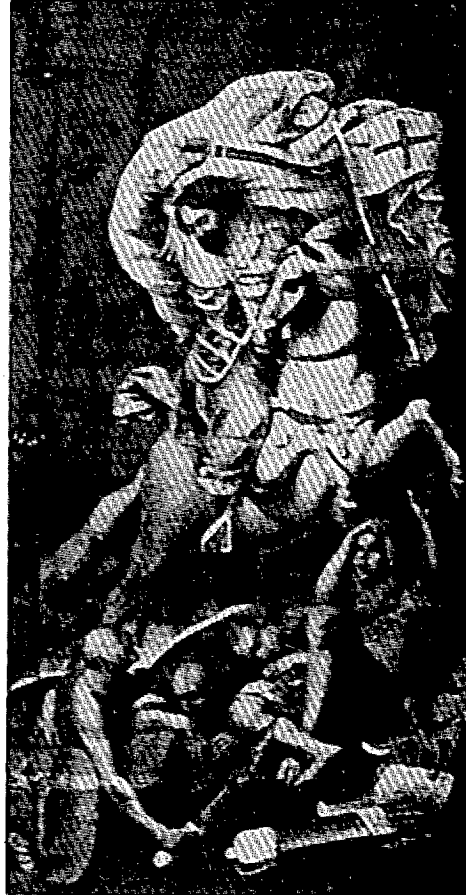


SANTIAGO EN LAS ANTIGUAS ARMADAS DE ESPAÑA

(En este Año Jacobeo y Santo)

Carlos MARTÍNEZ-VALVERDE
Contralmirante



Elección. Conducción. Amparo

En este año en que lo católico de España, que es mucho y bueno, muestra con mayor fuerza la devoción al Apóstol y que tantos peregrinan a Compostela, parece oportuno recordar en el medio naval —y a quien leyere— esa devoción de los marinos de España, combatientes en la mar, especialmente en los tiempos en que por la grandeza de nuestra Patria en general, entonces merecieron ser llamados «Siglos de Oro». En esta devoción que es ímpetu, en nuestras Armadas como en nuestros Ejércitos, hay un proceso de crecimiento...; después habrá un declive, un difuminarse por acción de diferentes causas que trataré de esbozar al menos.

Los españoles escogen a su Apóstol, titulándole de modo peculiar: «el Señor Santiago», como capitán celestial en sus luchas contra moros, «los infieles». Lo será seguidamente en toda clase de combates contra gentes de otras naciones, a veces no católicas. También será el capitán en la lucha contra los indios, en América, en las forzadas contiendas que allí, como en las lejanas islas del Pacífico, tendrán lugar.

En la Edad Media

Citemos, en lugar primero, y de honor, a la pequeña escuadra del compostelano obispo Gelmírez, armada eminentemente santiaguista.

Los españoles se obstinan en representarse a Santiago a caballo, portando un guión con cruz y blandiendo fulgurante espada (1). El Cid Campeador, cuando está en gran peligro, dice que «si de mortales heridas fincare muerto ... le fagan la huesa junto al altar de Santiago», dice: «Amparo de lides nuevas...». Desde la batalla de Clavijo (o desde alguna otra cercana en el tiempo y en el espacio; hay dudas), Santiago se ha manifestado como indiscutible capitán. Se le invoca y acude a la batalla, y eso lo hacen los nuestros, tanto en lo campal como en lo marino. Realmente, salvo casos excepcionales, los que combaten en tierra lo hacen también en la mar, y al contrario. Tenemos un ejemplo con la Orden de Santa María de España fundada en Cartagena, «para fecho de Mar». Acaba la Orden en Moclin, en Granada, cabalgando sus Caballeros con los de la Orden de Santiago (1280). Caen en una celada de los moros y mueren muchos: los que quedan de la Orden constituida para «fecho de Mar» pasan a la Orden de Santiago, y muerto el maestre de ella es nombrado como tal el de Santa María, Pedro Núñez.

En los combates navales medievales luchan los Caballeros, pero no hay constancia de embarque de la Orden de Santiago como tal y en esa época los Caballeros de la Orden, en tierra, con su mesnada de peones se baten formando cuerpo, podríamos decir. Al embarcar los Caballeros en general, éstos tienen las mismas inquietudes y devociones en los barcos que montados a caballo en tierra. Hay constancia del embarco de Alfonso XI de Castilla cuando la campaña del Estrecho y toma de Algeciras, y hasta del embarco de Caballeros ingleses, que concurrían como si de cruzada se tratase. Si sentían a Santiago como caudillo en tierra, también lo sentirían en la mar. Y los extranjeros también, ya que tenían muchos el deseo de peregrinar a Compostela. Ello suponía una inquietud europea.

Y la enseña del Apóstol (a caballo, sobre fondo carmesí), seguía muy de cerca al pendón real, y al de la Cruzada, en cualquier manifestación de victoria, y así hasta la llegada de los reyes de la Casa de Austria.

Cuando la Casa de Austria

El fervor jacobeo veremos que entonces se manifiesta aún más en las banderas de los capitanes generales de la mar. Sin haber una marcada divisoria, hay muchos que a la mar dedican especialmente sus esfuerzos. Los Caballeros

(1) En el *Romancero del Cid*, manifestación de sentir popular, aparece un obispo, Astiano, que viene de Oriente en peregrinación. Le extraña eso de que el Apóstol Santiago sea capitán «que entra en las grandes lides armado y en un caballo»; dice que es pescador... Se duerme. Se le aparece el Apóstol y le dice ser Caballero de Cristo y ayudador de cristianos: «Traído le fue un caballo; / Blanco era y muy hemoso, / Santiago le ha cabalgado / Guarnido de todas armas, / Limpias, blancas, relumbrando...». Va a ayudar al rey Fernando que sitia a Coimbra.



«Santiago flotando.» Frontal románico procedente de San Clemente de Tahull.

de Santiago ya no se presentan en las lides «formando cuerpo», pero sí sueltos y los hay muchos y muy importantes. Uno es don Luis de Requesens (de la Casa de Cardona); —de ella, hay otros—. Requesens es el consejero naval de Don Juan de Austria en las campañas de Lepanto. Es comendador de Castilla en la Orden de Santiago. Santiaguistas son también los Bazán. Habrá varios. El primero, marino, don Álvaro («el Viejo»), consigue la victoria sobre los franceses, corsarios reunidos en fuerza, cerca de la ría de Muros; precisamente un 25 de julio, el de 1543. En el combate recibe el bautismo de fuego don Álvaro («el Mozo»), el que luego será primer Marqués de Santa Cruz. Parte del botín es enviado a Compostela desde La Coruña. El joven don Álvaro estaba ofrecido a la Orden y Apóstol desde los dos años. A la sazón tenía dieciséis; era un fervoroso Caballero santiaguista.

En la batalla de Lepanto se batían cerca de don Juan muchos Caballeros de Santiago. En las enseñas, sin embargo, aparecen más que Santiago, el Cristo y la Santísima Virgen. Entre los barcos hay alguna galera con el nombre del Apóstol Santiago; más no hay tantas como pudiera pensarse.

En la expedición para conquista de las Azores, sí aparece la enseña de Santiago, según se refleja del fresco que decora en el Escorial la «Sala de las Batallas» (2). Don Álvaro en el desembarco del año siguiente que hace en la isla Tercera, en la pequeña cala de las Molas; puesto de rodillas enardece a sus hombres lanzando las voces de ¡Santiago! y ¡España! Tanto esta operación de guerra como la del año anterior, la victoria naval es el 26 de julio; sus prolegómenos, sus preparativos han tenido lugar en días del Apóstol Santiago; las salvas han sido augurios de victoria.

Y hay un buen manojo de los Bazán, todos fervorosos santiaguistas, que cosechan laureles inmarcesibles, avanzando triunfantes en la historia naval.

Otro grupo lo componen los Oquendo (se entremezclan épocas): don Miguel combatió, a las órdenes del primer Marqués de Santa Cruz en las Azores. Es después un magnífico general en la Jornada de Inglaterra. Le sigue su hijo don Antonio, que vence a Hans Pater, el almirante holandés en el combate de los Abrojos. Su capitana, el *Santiago*, se libra de perecer por el remolque que le da otro buque, cuando iba a volar la capitana de Holanda con la que estaba aferrado... Será después vencido, el de Oquendo, después de haber pasado socorro a Flandes, luego de recibir su capitana más de 1.700 balazos en su casco (en las Dunas).

Con don Antonio de Oquendo llega a su paroxismo el santiaguismo de los generales de la mar en España: su estandarte con la imagen del Apóstol; el nombre de su capitana, *Santiago*; el llevar ésta pintada a popa, también, la imagen ecuestre del celestial capitán de los españoles (3).

(2) Aparece la bandera con el Apóstol Santiago en la pintura relativa a la victoria naval sobre la isla de San Miguel (1582). Por el otro lado debe llevar las Armas Reales, pues así consta en la relación que hace don Álvaro en que dice los trofeos de guerra (de los propios). Se refiere a esa bandera con el Apóstol que se arboló en la popa del galeón capitana, el *San Martín*.

(3) También llega con don Antonio de Oquendo a su clímax el combate al abordaje entre buques que ya montan muchos cañones. Y su táctica es brillante, heroica, pero poco efectiva:

Hay otro «clan» de generales de la mar que merecen laureles y ser bien recordados, también «santiaguistas»: Los Toledo, Marqueses de Villafraña. Uno (volvemos a tener que entremezclar la cronología) es don García. Fue subordinado de Doria, en tiempos del Emperador, y fue jefe de don Álvaro de Bazán. Su hijo don Fadrique fue también un magnífico general. Es el que inmortalizó Castelo en su cuadro de la recuperación de la isla de San Cristóbal. Combatió victoriosamente en el Atlántico y en el Mediterráneo. Está también otro don Fadrique, hijo póstumo del anterior, igualmente capitán general de la mar y Caballero de Santiago.

Tenemos otro ejemplo de estandarte con la imagen del Apóstol Santiago en los cuadros de Juan de la Corte, donde representa el socorro que se dio a la isla de San Martín en el Brasil por la escuadra de don Lope de Hoces (1635): en la parte central del estandarte un Cristo, a un lado la Virgen y al otro la imagen ecuestre del



Don Fadrique de Toledo, capitán general de la Armada del Océano, de la Orden de Santiago. (Del cuadro de la recuperación de la isla de San Cristóbal. Cuadro de Castelo. Museo del Prado).

resolver la acción por choque de naves capitanas antagónicas; poca maniobra con las demás; algunas quedan sin combatir. El combate moderno, de la época, claro está, no se basa en la lucha cuerpo a cuerpo de los tripulantes de los buques enemigos, aunque aún se mantenga como último recurso el abordaje. ¿Gusta todo esto a los entusiastas del «Hijo del Trueno»? Va a ir palideciendo su estrella en lo que a conducción de combatientes se refiere. Se deja de invocar a Santiago.

Señor Santiago. El socorro era dirigido a Pernambuco. Una acción contra los holandeses, de elevada estirpe y gran pericia, el Duque de Alburquerque, don Francisco Fernández de la Cueva, capitán general de las galeras de España. Con seis de ellas (una era de Nápoles) batió y rindió a cuatro navíos franceses, fuerza muy superior a la suya (4).

En lo que a galeras se refiere, no podemos dejar de citar a un Caballero de Santiago, de elevada estirpe y gran pericia, el Duque de Alburquerque, don Francisco Fernández de la Cueva, capitán general de las galeras de España. Con seis de ellas (una era de Nápoles) batió y rindió a cuatro navíos franceses, fuerza muy superior a la suya (4).

Y otro exponente de santiaguismo en galeras lo tenemos en el tapiz que se conserva en el Museo Naval, en su sala principal, como presidiendo aquel ámbito. No es talmente un estandarte, pero sí está pintado como lo fue el de galeras cuando las mandaba don Alonso de los Ríos (Gutiérrez de los Ríos), el que fue el primer conde de Fernán Núñez. Mandó hacer el tapiz, forrando una vela de una galera turca tomada en Lepanto. Aparte de un gran Cristo y una Purísima del estilo de las de Murillo, y escudos, tiene una hermosa imagen del Apóstol Santiago matando no moros, sino turcos (se nota en la vestimenta). La vela en cuestión le cupo en el reparto del botín a un antepasado de don Alonso... Descendientes de él fueron generales de galeras y con ellos nos introducimos en el siglo siguiente, el «de las Luces». En su ambiente no va a encontrarse en él el antiguo fervor jacobeo guerrero de los Bazán, de los Oquendo y de los Toledo. Ya no se va a invocar a Santiago para lanzarse al combate.

En el siglo XVIII y en el XIX

Las banderas serán blancas, color de la Casa de Borbón y los escudos serán los del rey, completos o resumidos (solamente castillos y leones), según el caso... Se estudia, se investiga, se combate en la mar principalmente al cañón. Los hombres más mueren por bala, algo menos por metralla y mucho más por astillazos producidos por los proyectiles de cañón. No está desechado el combate al abordaje, pero ya no son los tiempos de «¡Santiago y a ellos!». Se grita «¡Viva el Rey!», alguna vez «¡Viva España!». (Viva el rey es el grito, también, que se usa en los saludos a la voz). Pero se tiene en mucho ser Caballero de la Orden de Santiago. Y en las Ordenanzas de 1748 se prevé que Santiago puede ser patrón de alguna expedición de guerra. Se especifica el saludo al cañón para los casos en que su sagrada imagen embarque. También, naturalmente, la triple salva para los días del Santo Patrón de España. En 1789, por real decreto se señalan encomiendas de las Órdenes Militares «para premio y estímulo, en proporción a las que obtienen los Cuepos y Clases del Ejército». La Orden de Santiago es una de tantas, si bien en posición preeminente. De ella hay diez encomiendas dedicadas a la Armada, pero hay otras diez

(4) El Duque de Alburquerque había sido soldado «con una pica»; había sido después general de Caballería (había precedido en galeras). El rendimiento de los buques franceses fue un acto de audacia, pero aprovechando muy bien el que hubiese viento en calma.

de la Orden de Calatrava, y hay cinco de la Orden de Alcántara y una tan sólo de la de Montesa (5). Y sigue siendo la Orden de Santiago una de tantas cuando en las Ordenanzas de 1793 se estipula que los oficiales que lleven ocho años de servicio (sin mácula, se entiende) pueden pedir por instancia que el rey les conceda cruzarse en alguna de las Órdenes de «Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa». Un Caballero de Santiago, Mazarredo, es el director y principal redactor de las Ordenanzas del 93 y su principal ayudante es otro Caballero de Santiago: Escaño. Naturalmente, no fueron elegidos por ello, ni el santiaguismo influyó, pero se cita para mostrar los oficiales —conspicuos— de los de Marina, que vestían el hábito de Santiago.

A lo largo del siglo XVIII vemos que Caballeros de la Orden ocupan primeros puestos: tenemos a don José Patiño, como ministro, el primer intendente general, el que forma en verdad la Armada de Felipe V. También a don José del Campillo. Tenemos como directores generales de la Armada a otros Caballeros de Santiago, tales son el Conde de Bena Masenaro, el Marqués de Casa Tilly; a don Antonio de Ulloa, también sabio eminente, y a don José de Mazarredo, ya citado, que descollaba en todas las artes de la profesión naval. Entre los capitanes generales de la Armada tenemos algunos de los nombrados: a Del Campillo y al de Casa Tilly; pero también a don José Solano, Marqués del Socorro, por su mérito en el del ejército en Pensacola (6).

Y en siglo siguiente a Álava, el segundo jefe en Trafalgar y de brillante historial, en el que predomina la acción, ocupar puestos preeminentes en el almirantazgo y capitanías generales. Fue director general de la Armada. También a Escaño, de enorme inteligencia y valor, que fue ministro de Marina y después uno de los regentes del Reino. Se había distinguido siempre este Caballero de Santiago. Fue mayor general de Gravina en Trafalgar. Don Federico Gravina también era Caballero santiaguista. Y lo eran otros héroes de aquella batalla, tal lo fue uno de los más destacados don Francisco Alsedo Bustamante. Los Caballeros de Santiago se batieron siempre de modo distinguido, luciendo en su pecho la venera de la Orden como está prevenido. «Nobleza obliga»... Y en la guerra de la Independencia se destaca otro santiaguista, don Diego de Alvear, en la defensa de la Isla de León, atacada por los franceses.

(5) Las encomiendas de la Orden de Santiago dedicadas a Marina fueron: Aguilarejo, Carrizosa, Estremera y Valdelarete, Mayor de Montalbán, Ocaña, Orcheta, Palomas, Villafraña, Villoria y Usagre. En la relación se especifica lo que produce, en reales de vellón. La que más, la de Usagre: 13.921 reales y la que menos, la de Aguilarejo, 4.009.

(6) Muchos más nombres merecerían ser citados, pero supondría un gran alargamiento de este trabajo. Nombraremos a algunos: González Castejón (fue ministro de Marina), Whithuyzen, Rosendo Porlier, Bustamante Guerra, Pareja Serrano, Pardo de Grandallana, Marqués de Casa Rojas, Mourelle, Gutiérrez de Rubalcaba. De estos tiempos podrían nombrarse más; perdónense las involuntarias omisiones. También quedaron en el tintero algunos de tiempos más antiguos: Leiva, Díaz Pimienta, Laya. Abundaron, en verdad, en las Armadas los Caballeros de Santiago.

Debemos hacer constar que hubo marinos ilustres pertenecientes a otras Órdenes Militares españolas y a la de Malta, muy marinera ésta en su índole. Una de las más importantes figuras de la Real Armada es el baillío don Antonio Valdés. Gobernó la Marina durante mucho tiempo.



El almirante don Cristóbal Colón⁷ de Carvajal, Duque de Veragua, Adelantado Mayor de las Indias; caballero del Hábito de Santiago. Por lo que era y cómo lo era, fue elegido como objetivo por enemigos de España. Así murió por la Patria.

De él decía el general Castaños que tenía más fama que Pizarro en Lima. Merecerían ser citados otros de menos nombradía, pero de mucho mérito.

Las Cortes de Cádiz dan un frenazo a las cosas de la nobleza tradicional; una fue la supresión de las pruebas para sentar plaza de guardiamarina. Tenía que sufrir también lo que podemos llamar «idea santiaguista». Todo ello tuvo que repercutir en el ánimo de los oficiales de Marina. El hecho es que, revisando los retratos que se conservan, cada vez se van viendo menos generales de Marina con la Cruz de Santiago. Los tiempos cambiaban; había otras inquietudes, la existencia de otras recompensas, algunas muy valiosas: Toisón de Oro (ya más antigua), lo mismo la Orden de Carlos III. Otras más modernas: la valiosísima Laureada de San Fernando (creada por las Cortes); la Diadema Real, de Marina... Y la República de 1873 disolvió las cuatro Órdenes Militares españolas. En 1875, restaurada la monarquía, igualmente se restablecen. En fin, vaivenes que nada favorecieron la inquietud santiaguista de los oficiales de Marina... Y llegamos al presente siglo. En la devoción jacobea habrá algún resurgimiento.

Tiempos modernos

Vemos al rey Alfonso XIII luciendo sobre su uniforme de capitán general de la Armada la venera de las Órdenes de Caballería españolas. En el conjunto de cruces se da prioridad a la de Santiago, que es la central más alta del rumbo que forman todas (7). Parece la real figura a modo de una llamada, un recordatorio al antiguo fervor militar-religioso, mas ello no produce gran reacción positiva en tal aspecto; el número de oficiales de Marina santiaguistas es pequeño (pasa lo mismo con las otras Órdenes). Las probanzas son exigentes, sí, pero habría muchos que las superarían. Es más bien que no se piensa en ello, se está lejos de la inquietud por tener el hábito de una Orden, que aún perduraba en el siglo XVIII.

La República de 1931 suprime las Órdenes Militares en un principio, más posteriormente les da un carácter legal. El Movimiento Nacional de 1936, celoso por hacer reverdecer las glorias tradicionales, las reaviva junto con el restablecimiento del Patronazgo de España del «Señor Santiago»... Se reanudan las ofrendas anuales, ofrendas que al propio tiempo son invocaciones, peticiones de ayuda, si bien no tengan el estrambote del fragor de las armas, como ocurría con el «¡Cierra España!» de los tiempos de los Bazán, de los Oquendo y de los Toledo (8).

Y el combate naval varió mucho e irá variando más y más; ya se descarta el combate próximo (aunque pueda haberlo en determinadas raras condicio-

(7) Aun teniendo alguna mayor antigüedad la Orden de Calatrava (incluso teniendo en cuenta los prolegómenos de la de Santiago como «Frates de Cáceres»), siempre se le dio prioridad a la Orden de Santiago. Y la Cruz de Santiago vino a ser, aparte de venera de la Orden, como genuina expresión de españolismo.

(8) El grito de guerra tenía variantes: «¡Santiago y España!», «¡Santiago y cierra España!», «¡Santiago, España cierra!» o «¡Santiago y a ellos!»...

nes), el cañón quedó como cosa de corto alcance (aunque los haya con mucho, con proyectil ayudado). Lo normal es no ver al enemigo: sentirlo sí, y localizarlo a través de sensores. Es un clima ciertamente poco a propósito para «echar el Santiago» y lanzarse a la lucha. ¡Así son las cosas! Mas podemos tener fervor jacobeo, y lo tenemos, al modo moderno.

El Ejército de Tierra, cuando estableció su emblema actual, tuvo muy en cuenta a Santiago y puso como núcleo central su cruz con su más pura forma de espada; lo que en realidad es. La Caballería fue la que conservó como patrón genuino a Santiago y mantiene lo que ellos llaman «Espíritu Jinete», pese al progreso de los medios de acción; al cambio de los caballos por vehículos y carros de combate. Tuve la ocasión de asistir con el entonces capitán de navío Meléndez; éste representando al almirante de la Flota, a una peregrinación a Compostela de ese Arma que tanto conserva la tradición. ¡Acto hermoso!

También la Armada la conserva. Ha habido muchas peregrinaciones desde El Ferrol y desde otros Departamentos, algunas por mar. Tomé parte en una y, a fe, que fue de emoción intensa. Era con alumnos de la Milicia Naval Universitaria y de la Reserva Naval y ponían bien su alma en lo que hacían. Respondían con entusiasmo a toda noble llamada que se les hacía (9).

La Armada, en esos años, acudió a Santiago dentro del contexto nacional cristiano predominante entonces. Y lo hizo con devoción, con entrega. Reavivando antiguos tiempos.

Santiago y España, hoy

Hoy se centra la devoción a Santiago de distinta manera que cuando su nombre, unido al de España, era el grito de guerra de los españoles. Nuestros antepasados pensarían de distinto modo a cómo se piensa ahora en algunos aspectos, pero hemos de sentir por ellos respeto, amor y reconocimiento por su descomunal esfuerzo para formar la nación española venciendo tantas adversidades. Hoy se mira a Santiago como santo peregrino; realmente no es propio, pues a él, en verdad, se peregrina; valga, sin embargo, su atuendo, porque así vestido se une espiritualmente a los que hacia su sepulcro caminan. Pescador transformado en peregrino es, sin que por ello se deje de tenerle por protector, por valedor. Parece como si se hubiese salido con la suya el obispo Astiano, el que en *Romancero del Cid* disentía de la idea de Santiago Caballero. Ahora es santo de a pie, pescador de hombres y que lo fue con éxito al conquistar a los españoles, que le aclamaron su capitán en la gran contienda emprendida para expulsar a los infieles de su territorio. Sigue siendo «ayudador de cristianos», mas no a caballo.

(9) Dos minadores. Cuando se estuvo en lo que podemos llamar «aguas jacobeanas», se cantó varias veces el himno al Apóstol. El cambiar el orden en la línea de fila, a la señal hacía posible cantar a una con los hombres de uno y otro buque. Un alumno en uno de ellos «sacó» una trompeta y daba el tono arrastrando a todos.

SANTIAGO EN LAS ANTIGUAS ARMADAS DE ESPAÑA

Ahora los españoles del presente van a Compostela año tras año. Cada cinco de ellos con una mayor riada; «muita longada de gente», al ser declarado santo; uno de ellos es el éste en que vivimos. Los marinos se incorporan a las peregrinaciones nacionales generales o hacen, los que quieren, su peregrinación particular; y son muchos los que van a Compostela. El rey hace una ofrenda en nombre de todos, él o el representante que designa. El postrarse la nación ante el «Señor Santiago» es también una petición de ayuda para los embates de la vida moderna. Sigue, pues, un «¡Santiago y España!», aunque de distinto estilo al que lanzaban nuestros capitanes de antaño.

Estas líneas son a modo de una peregrinación «in mente»; las termino con la palabra de salutación de los antiguos: «¡ULTREYA!».

APÉNDICE I

Sobre el Apóstol Santiago

Santiago, uno de los hijos del Cebedeo, era marinero y pescador, si bien su mar fuese él no muy grande de Tiberiades. Dejó las redes de cordelería para cambiarlas por las sobrenaturales, tejidas por el Espíritu Santo, para dedicarse a la milagrosa pesca de hombres, según les había dicho a todos Nuestro Señor Jesucristo. Le tocó, en el reparto de tierras a evangelizar la lejana Hispania, como era llamada nuestra península por los romanos: Tierra brava.

Y a ella llegó por mar. En Cartagena hay un pequeño monumento, en el barrio de Santa Lucía, en el sitio donde la piadosa tradición ubica el desembarco.

Se adentró en las tierras; trabajó de firme y convirtió a gran cantidad de los que andando los tiempos serían los españoles, que tanto habrían de amarle.

Volvió a Palestina a cierto concilio y allí sufrió martirio: fue degollado por orden de Herodes Agripa (10). Y sigue la piadosa leyenda: fue traído a España su cuerpo, muy milagrosamente, en una barca de piedra tripulada por algunos de sus discípulos. Llegaron a Iria Flavia, esto es, al Padrón de hoy en día, y en una carreta tirada ¡por toros bravos, que se amansaron!, fue llevado a un terreno del gobierno de la misteriosa reina Lupa. Allí fue enterrado y así quedó todo hasta que, pasados muchos años, empezó a brillar insistentemente sobre el lugar una desconocida estrella. El campo se llamó de la Estrella, y de ahí Compostela. Se construyó una pequeña iglesia, que fue agrandándose poco a poco. Tomó cuerpo una fortísima devoción a Santiago y empezaron las peregrinaciones. Sí; pero los españoles, enamorados del modo de ser de su nuevo patrón Bonaerges, el «Hijo del Trueno», le tomaron como capitán para sus batallas. Corría la lucha por la reconquista y el «Señor Santiago», que había traído aquí la fe de Cristo, era el más a propósito capitán para conducirles a la victoria. Idealmente, le montaron en un caballo blanco (el único que existe todo blanco). Esa sobrenatural cabalgadura era adecuada al caso: podía cabalgar por los cielos, sobre la tierra y también sobre el mar.

Los reyes y los capitanes pidieron su ayuda y, ellos y todos sus hombres, vieron delante de ellos a Santiago en los combates. Su invocación fue el grito de guerra: la señal para acometer. Muy gráficamente llegó a decirse: «Echar el Santiago». No disminuía la expresión el respeto, pero es como si de un poderoso proyectil se tratase. Se le «echaba», se le disparaba a los enemigos.

(10) En el sitio está una iglesia de Armenios No Unidos. El lugar del martirio está bajo un altar marcado por un círculo de latón. Los Reyes de España, en varias ocasiones, ayudaron al sostenimiento del templo, y en los muros se ven escudos de nuestros monarcas.

Una vez hecho esto, los nervudos brazos y las armas hacían el resto; pero ya, ¡de qué manera!

El Marqués de Lozoya define el fenómeno como una clase de cultura. Cultura guerrera podríamos decir. Cultura religiosa, de costumbres y de guerra, podríamos completar.

APÉNDICE II

Sobre buques que en las Armadas del Rey de España llevaron el nombre de Santiago

- 1502.—Una carabela de Palos, en el cuarto viaje de Colón.
1513.—Una carabela forma parte de la expedición de Ponce de León.
1520.—Una de las naos de Magallanes. Naufraga en el Río de Santa Cruz.
1525.—Un patache de la expedición Loaysa.
1527.—Una de las naves de la expedición de Álvaro de Saavedra.
1536.—Una nave de las de Pizarro y Almagro (llega hasta Chile).
1542.—La capitana de López de Villalobos en su expedición a las islas de Poniente.
1571.—En Lepanto hay una galera en el cuerno izquierdo (de Nápoles).
1582.—Hay una nao con este nombre en la expedición al Río de la Plata.
1582.—Hay un galeón de la escuadra de Bazán en las expediciones contra las Azores.
1583.—Hay una zabra de Castro y una carabela (portuguesa). Desembarco. I. Tercera.
1584.—Naufraga una galera *Santiago* en la costa de Santo Domingo.
1588.—En la Jornada de Inglaterra hay un galeón (portugués) llamado *Santiago*.
1588.—En la misma expedición hay, en la escuadra de Castilla, otro galeón, *Santiago el Mayor*.
1588.—En la misma hay un galeón llamado *San Felipe y Santiago*.
1588.—En la misma hay en la escuadra de Recalde una nao *Santiago*.
1588.—En la misma expedición hay una urca (alemana) llamada, igualmente, *Santiago*.
1596.—Cuando el saqueo de Cádiz es hundido el galeón *San Felipe y Santiago*.
1596.—En el mismo ataque se hunde otro galeón *Santiago*, de Pedro Linés.
1596.—En el mismo es hundido el *Santiago de la Tercera*.
1625.—Se pierde una galera *Santiago* en la barra de la Mámora.
1627.—Hay un galeón *Santiago* en la escuadra de don Fadrique de Toledo.
1631.—La capitana de Oquendo, en el combate de los Abrojos, se llama *Santiago*.

- 1647.—En la Sonda de Campeche naufraga un galeón *Santiago*.
1658.—Naufraga otro del mismo nombre en Costa Firme.
1660.—Naufraga otro de la Guarda de la Carrera de Indias en la costa de Honduras.
1676.—Hay un navío *Santiago* en la escuadra de la batalla de Agosta.
1681.—Naufraga un galeón *Santiago* a la salida de Cartagena de Indias.
1717.—Hay noticia de haber una fragata llamada *Santiago*.
1720.—Lo mismo, hay una balandra *Santiago*.
1732.—Hay un navío *Santiago* en la escuadra del general Cornejo (expedición a Orán).
1755.—Hay una fragata de ese nombre, mandada por el teniente de navío don Bruno Hezeta.
1773.—Hay noticia de que hay un navío *Santiago* (alias *Nueva Galicia*).
1779.—Lo mismo de haber un bergantín *Santiago*.
1779.—Hay una corbeta *Santiago* entre los barcos de De la Bodega y Quatra.
1786.—Hay noticia de una balandra llamada *Santiago* (11).

BIBLIOGRAFÍA

- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *La Armada Española desde la unión de los Reinos de Castilla y Aragón*.
PADRE MARIANA: *Historia General de España. Romancero del Cid*. Conjunto de Anónimos.
MARQUÉS DE LOZOYA: *Santiago, Patrón de España*.
FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Disquisiciones Náuticas*. Tomo III.
FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Naufragios de la Armada Española*.
DE LA GUARDIA, Ricardo: *Datos para un Cronicón de la Marina Militar de España*.
LANDÍN, Amancio, y otros: *Descubrimientos españoles en el mar del Sur*.
VIGNAU, Vicente, y R. UHAGÓN, Francisco: *Índice de las Pruebas de los Caballeros que han vestido el hábito de Santiago*.
FERNÁNDEZ GAYTÁN, José: *Banderas de la Marina de España*.
MANERA, Enrique, y otros: *El buque en la Armada española*.
OYARZÁBAL, I.: *Listas de buques de la Armada española*.
PULIDO, Alfonso, y O'DONNELL, Hugo: *El Museo Naval a través de sus colecciones, y revisión de cuadros-retrato del mismo*.
FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *La conquista de las Azores* (listas de buques).
CASADO SOTO, José Luis: *Los barcos españoles del siglo XVI y la Gran Armada de 1588*.
MARTÍNEZ-VALVERDE, Carlos: *Gloriosas Efemérides de la Marina de Guerra Española*.

(11) Y se van concluyendo los barcos con el nombre de *Santiago*. Si hubo, pasado el tiempo (ya en el siglo XIX), un escampavía así llamado, ¡poca cosa!

En verdad, no hubo muchos barcos que se llamasen *Santiago* para el largo espacio de tiempo que hemos considerado. Parece como si los que ponían el nombre a los barcos, constructores y gente de mar, no tenían tanto entusiasmo jacobeo como los que mandaban en verdad los barcos en el combate y lanzaban a su gente a la pelea, entre ellos capitanes de mar, pilotos y marineros; todos electrizados por el grito de guerra de «¡Santiago y España!». Así, por lo menos hasta adentrarse el siglo XVIII. Las galeras conservaron mucho del antiguo estilo, pero no todo. Fue quedando lejos el grito y la enseña con la imagen del Apóstol Santiago.